

# Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

## En la Configuración de lo Social [On the Configuration of the Social]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	de Almeida Kaulino, Adriana
Publisher	Departamento de Trabajo Social de la Universidad Católica Silva Henríquez
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-06-29 15:49:25
Link to Item	<a href="http://hdl.handle.net/20.500.12424/216836">http://hdl.handle.net/20.500.12424/216836</a>

*El artículo que presentamos a continuación escrito, por la psicóloga brasileña Adriana Kaulino, nos invita a una interesante reflexión acerca de la invisibilidad del saber psicológico en la configuración de lo social; y al mismo tiempo, denuncia la tendencia arraigada en las ciencias sociales a la naturalización de los conceptos. Los conceptos se naturalizan, señala Kaulino, cuando se cierran sobre sí mismos y dejan de ser sólo medios a través de los cuales se busca representar la realidad, para asumirse como verdades inmutables capaces de sustituirla. Los conceptos de la ciencia constituyen entidades producidas bajo ciertas condiciones históricas y políticas, y por lo tanto debieran estar sujetos a cuestionamiento y revisión permanentes.*



## En la Configuración de lo Social

# La Invisibilidad del Saber Psicológico<sup>1</sup>

Adriana de Almeida Kaulino<sup>2</sup>

Una de las primeras preguntas que surgen a partir del título de esta ponencia se vincula con la relación que existe entre la psicología y lo social. Una cuestión simple, si pensamos que los cursos que se imparten en la formación universitaria en ciencias sociales contienen en sus planes de estudios una o más disciplinas de psicología, de sociología, de trabajo social, de economía, de antropología, en fin. Así, resulta casi obvio que la psicología tiene algo que decir a todos los campos de saber de las ciencias sociales, en tanto disciplina que aporta explicaciones y formas de comprensión de lo social. Por ello, resulta ingenuo formularse la pregunta anterior frente a la evidencia de la presencia de la

1 Ponencia presentada en el Seminario Internacional denominado "Las Nuevas Configuraciones de lo Social", realizado en octubre de 1999 en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Esta contribución forma parte de los antecedentes de la investigación "Modernización y Nuevas Configuraciones de lo social", integrada por Brasil-Chile 1999-2001.

2 Psicóloga, Universidad Santa Úrsula, Río de Janeiro, Magister en Psicología Social, Universidad Federal de Río de Janeiro, Río de Janeiro, Brasil. Investigadora Proyecto "Modernización y Nuevas Configuraciones de lo Social", Brasil-Chile 1999.

psicología entre las ciencias sociales en general, y en particular, en la propia psicología con sus distintas áreas de investigación: psicología social, psicología comunitaria, psicología de la familia; o sea, tipos de investigaciones psicológicas que se dirigen a los grupos sociales y no a los individuos aislados.

Éste sería el aspecto más fácil de responder, en apariencia. Es decir, la vinculación entre la psicología y lo social estaría dada por el conocimiento que tiene dicha disciplina de los comportamientos individuales e, incluso, de los comportamientos sociales; el conocimiento de los afectos, de los procesos de cognición y aprendizaje, de los trastornos o enfermedades psíquicas o de la personalidad, así como el saber psicológico acerca de la conducta y la salud de los grupos sociales. Luego, no parece causar ningún espanto que actualmente los diagnósticos sobre nuestro tiempo y nuestro mundo social contengan términos psicológicos.

Se dice que la sociedad está en crisis, y como prueba de ello, se presentan datos como el aumento de situaciones de estrés mental, de ansiedad y crisis de angustia, de ataques de pánico y de fobias sociales. Uno de los índices más utilizados por ese tipo de diagnóstico se refiere a los crecientes y alarmantes casos de depresión que se manifiestan en todo el mundo, llegando a configurarse como el mal de nuestro siglo<sup>3</sup>. En una entrevista para el desaparecido diario "La Época", el psiquiatra Otto Dörr afirma que "en Chile hay una crisis de humanismo y que la depresión es el mal del siglo". Y en julio del 99' el diario "La Tercera" publica una noticia sobre "las causas del suicidio en los adolescentes", y destaca como principales

factores de riesgo trastornos como la depresión y los problemas de identidad. En Brasil, hace dos años, tuvimos un multitudinario y costoso congreso de psicoanálisis sobre depresión, bajo el título de "Melancolía o el dolor de existir".

El conocimiento psicológico, entretanto, no se limita a ofrecer indicadores. Nos brinda también categorías que pretenden comprender el proceso de crisis social en que vivimos. Así, ella se nos aparece como una crisis de identidad, de pérdida de sentido, de vacío existencial, de ruptura de los lazos afectivos, de olvido de la solidaridad, de confusión de los roles sociales e individuales, de desintegración de la familia, etc. No sería posible ahora extenderme en cada uno de esos términos y discutirlos con respecto a la lógica que sustenta un diagnóstico como éste, pero reconozco que los términos psicológicos están presentes también en otras evaluaciones de lo social. Todo eso parece indicar una penetración de la psicología en casi todos los diagnósticos de nuestra época, el que en sus extremos llegaría a generar un psicologismo de lo social ya denunciado, entre otros, por Husserl y Adorno.

Para Husserl, la crisis de la humanidad europea constituía una crisis en que el hombre había renunciado a la búsqueda del significado del sujeto, y su máximo ejemplo era la psicología en cuanto reducida a lo fáctico. En esta reducción del hombre a puro objeto, la psicología había restringido el sentido de lo humano a las propiedades de la mente y lo ha tratado como cosa.

En Adorno, la crítica a los psicologismos revelaba las implicaciones conformistas de una posición que consideraba a los individuos

3 Sin ir más lejos, el N°85 de la Revista Universitaria editada por la Pontificia Universidad Católica de Chile dedica su dossier al estrés, denominándolo "lagoto del siglo veinte".

como una instancia psicológica inmediata. Al clausurar a los individuos en sí mismos, los psicologismos renunciaban a la tarea de denunciar los procesos de ideologización y de represión social como mediaciones significativas en la constitución de éstos. La reducción de la comprensión de los individuos a una instancia psíquica cerrada o a unas pocas leyes del comportamiento, eliminan las contradicciones del hombre en el mundo. Así, es el mundo lo que acaba reducido a lo psicológico, que en este caso ya no es más que una representación de la eliminación de lo humano. Los psicologismos, al imposibilitar el reconocimiento del individuo como una instancia constituida *en y por* la intersubjetividad, sustenta el mito del sujeto autónomo que, lejos de liberarlo, lo determina con más intensidad.

De este modo, esa aparente evidente relación de la psicología con lo social, se desmorona y se alza como pregunta, como cuestión, como algo no acabado. Y ese carácter de certeza, que se revela en la presencia manifiesta del discurso psicológico en los análisis contemporáneos de lo social, denota, a mi juicio, el problema por discutir en este texto, a saber, la invisibilidad del saber psicológico en la configuración de lo social, entendiendo esta situación como expresión de lo que llamaré *naturalización de los discursos como ideología*. La naturalización de los discursos, y más específicamente de las categorías de las ciencias sociales, corresponde a un proceso en el cual una categoría, que se originó en un cierto contexto y frente a determinados desafíos históricos, se absolutiza en su positividad. Ello significa que lo que había sido expresión de un esfuerzo para entender, significar, comprender, explicar y/o legitimar una cierta realidad histórica, se convierte en representante in-

questionable de lo real. Lo que ocurre aquí es un proceso de doble reducción, porque tanto la categoría discursiva como la de realidad pierden la riqueza de movimiento y de contradicción que está en la base de la mayoría de las categorías y conceptos científicos.

Una categoría se naturaliza cuando no existe ninguna distancia entre ella y la realidad, o sea, cuando la categoría se torna real al punto de constituirse en ello y hacerse invisible. Lo real es así capturado en una definición positiva, que se vuelve, a partir de ese momento, un término de descripción unívoca de lo que es la realidad. Una categoría se naturaliza cuando adquiere tal dominio sobre una cierta realidad, que las dos, categoría y realidad, son percibidas como inmediatas, como hechos, como datos naturales.

El proceso de naturalización es histórico, o sea, se da en el tiempo y bajo ciertas condiciones e intereses contextuales. Por tanto, se puede decir que cada concepto convertido en categoría natural tiene su propia historia de conversión. Pero no se trata de devenires completamente autónomos, sino más bien relacionados a una cierta totalidad histórica que les da sentido. Creo que sólo frente a esta totalidad histórica es posible pensar las naturalizaciones como expresiones de un proceso más amplio.

De esta manera, desde un escenario histórico marcado por tensiones y contradicciones se pueden considerar las naturalizaciones como ideologías. Estoy llamando ideología a instrumentos de dominación, de encubrimiento y de control de los hombres por otros hombres. Pero las formas de dominación y de control han cambiado constantemente en la historia,

de tal manera que reconocer una ideología es siempre un desafío y exige esfuerzo. Pienso que hoy en día, una de las ideologías más eficientes es el discurso científico convertido en autoridad técnica sobre lo real. La creencia de que las categorías científicas describen de forma neutra lo real, siendo lo real aquello que es definido por los conceptos de la ciencia, forma parte de una lógica ideológica que la transforma en un puro discurso técnico. Y como técnica, la ciencia nada tiene que decir sobre las cuestiones prácticas del mundo, pues las técnicas son percibidas como neutras, cabiendo a los hombres la decisión sobre su uso. Lo que se oculta aquí es el hecho que un grupo reducido de hombres decide sobre estas cuestiones técnicas y que la gran mayoría somos más bien espectadores pasivos. De este modo, se forma esa enorme brecha entre expertos y "las personas de la calle", siguiendo a Feyerabend, o como lo denomina Habermas, esa distancia entre expertos y mundo de la vida.

Lo que sostengo, por tanto, es que uno de los procesos responsables de la transformación de la ciencia en ideología es la naturalización de sus categorías. Las categorías consideradas como naturales cumplen así con uno de los principales roles de la dominación ideológica: hacer invisibles sus mecanismos e invisibilizarse a sí mismas. Porque cuando un concepto se vuelve natural oculta las contradicciones contextuales que le dieron origen. De esa forma se nubla su propia historia que es, en último término, la historia de su construcción como concepto que procura constituir un sentido para la realidad.

Así, los conceptos en cuanto construcciones de sí y de lo real, al volverse naturalizados dejan de ser percibidos como construcciones para

aparecer como descripciones de lo real. Por tanto, sobreviven como discursos que configuran la realidad, pero ahora de forma invisible. Por eso, un discurso se torna más invisible cuanto más se recurre a él como discurso naturalizado, neutro y representante inmediato de lo real. El abuso de las categorías psicológicas en los diversos diagnósticos de lo social torna evidente que el saber psicológico está siempre presente en las configuraciones de lo social. Pero ese abuso, esa inflación de las categorías psicológicas en los análisis actuales, vuelve invisibles, justamente, las formas por las cuales esos conceptos están configurando lo social.

La invisibilidad del saber psicológico que se expresa por su excesiva evidencia, ocultaría una cuestión que vuelve a poner en el tapete de la discusión un viejo problema, tanto para la psicología como para la sociología: la relación entre individuo y sociedad, entre sujeto y cultura, entre lo general y lo particular. Una cuestión que es mucho más que una opción técnica; una cuestión que involucra la ética y los proyectos de sujeto y de mundo que uno tendría la responsabilidad de escoger.

Entonces, la pregunta sobre la relación entre el saber psicológico y lo social se vuelve ciertamente más problemática cuando se piensa que las relaciones entre individuo y sociedad, entre lo general y lo particular, no son cosas dadas sino que tienen que ver con posiciones en el mundo. Los distintos planteamientos de las teorías sociológicas y psicológicas remiten, en última instancia, a una cuestión de fondo. Esto es, que las teorías y conceptos sociológicos y psicológicos son elaborados de forma sobredeterminada por las miradas que se tienen para la relación entre individuo y sociedad.

Llamo sobredeterminación a un tipo de relación donde una cierta perspectiva epistemológica, hermenéutica y ética es condición para la construcción de determinadas teorías y conceptos que, a su vez, determinan esa misma mirada. Podríamos llamarla una relación de determinación de doble sentido. Por tanto, y eso es lo que nos importa en este momento, las teorías y conceptos sobre lo social y/o sobre lo individual tienen que ver con formas específicas de concepción de la relación entre individuo y sociedad.

Las distintas miradas acerca de esa relación son construidas, a su vez, históricamente. Es posible afirmar que la idea de esa relación empezó a ser planteada en lo que llamamos los inicios de la época moderna. No se está diciendo con esto que no existieran antes concepciones sobre los hombres y sobre la vida en sociedad. Tanto Aristóteles como San Agustín representan formas de pensar a los hombres y el mundo social que hasta hoy permanecen vigentes. Pero, a partir del siglo XVI, esa relación se presentó por primera vez como un problema con un rostro tan particular que es posible sostener, incluso, que las nociones mismas de individuo y de lo social constituyen invenciones de la modernidad. Sobre este punto, sugiero el texto de Marcel Mauss sobre la historia de la noción de persona en el occidente y el libro de Luis Dumont sobre la ideología individualista que prevaleció en la modernidad. No obstante no coincidir completamente con los planteamientos de estos dos autores, los recomiendo como ejemplos de la posibilidad de pensar esas nociones como categorías constituidas históricamente.

Los conceptos de individuo y sociedad surgirán en un momento histórico donde fue posi-

ble pensarlos como entidades diferenciadas. Esto parece haber ocurrido con la desintegración de los vínculos feudales de dependencia y el apareamiento de la idea de libertad moderna. Con esto, van a emerger todavía, durante el Renacimiento, las primeras teorías políticas que procuraban dar cuenta de un nuevo problema histórico: ¿cómo explicar y legitimar las relaciones entre personas que aparecen ahora como individuos, o sea, con un cierto grado de autonomía? Dicha preocupación y ese desafío son marcas del pensamiento político moderno desde Maquiavelo.

De esta manera, las nociones de individuo y sociedad hicieron su aparición en escena desde esos remotos inicios históricos de la modernidad. Asimismo, la propia idea de lo social también surge con y desde esas nociones modernas. El pensamiento político y la filosofía moderna se preocuparían, a partir de ese momento, por establecer los criterios que justificarán las relaciones entre individuos y entre grupos de individuos. Surgen las teorías que procuran explicar la naturaleza de los individuos y los motivos que explican por qué se agrupan para vivir. Se podría decir que antes del apareamiento oficial de las ciencias sociales ya había ciertas nociones y teorías sobre los hombres y la sociedad con un aroma a psicología y a sociología.

Pero las ciencias sociales, en cuanto tales, sólo aparecerían en el siglo XIX. Entretanto, los siglos anteriores habían realizado el trabajo histórico de proporcionarles condiciones de nacimiento. Las primeras categorías psicológicas y sociológicas tenían que alimentarse de nociones ya presentes, tanto en el pensamiento político y filosófico como en el sentido común. La diferencia es que ahora tanto el in-

dividuo como la sociedad se convierten en objetos de conocimiento científico. Por lo tanto, se inicia una disputa entre disciplinas científicas que buscan constituir su objeto específico de investigación. Pero, a su vez, ninguna de esas disciplinas podría evitar enfrentarse, de algún modo, con el problema de la relación entre individuo y sociedad. Porque ni la sociología podía descartar al individuo, ni la psicología podía abstraerse de la sociedad. De este modo, *lo social se ha configurado en la tensión misma entre los discursos de las ciencias sociales, en nuestro caso, entre la sociología y la psicología.*

Esta tensión y la disputa entre esos saberes queda clara en los ejemplos que nos dan Donzelot y Boltanski. A propósito de la idea de la invención de lo social, Donzelot recupera la historia del concepto de solidaridad. Según él, la noción de solidaridad surgió a fines del siglo pasado como una tentativa de respuesta a las cuestiones republicanas sobre la soberanía en Francia. El término empieza a circular alrededor de 1880, a través de una tesis del psicólogo Louis Marion. Para éste, la solidaridad era el principio explicativo de los comportamientos de los individuos en la sociedad. Así, curiosamente, la noción de solidaridad hizo su debut en el escenario de las ciencias sociales de la mano de la psicología.

Más tarde, Émile Durkheim, en *La división social del trabajo* hará que la solidaridad reciba un tratamiento conceptual riguroso desde el punto de vista de la recién fundada sociología científica. Desde entonces, el término remite casi siempre a la sociología en general y a la durkheimiana en particular. Con la sociología de Durkheim, la solidaridad se convierte en el fundamento del lazo social y

se torna legitimadora de los actos públicos de la República Francesa. Según Donzelot, ella está presente en todas las ceremonias: inauguraciones, conmemoraciones, comicios agrícolas, distribuciones de los precios en las escuelas, etc. En palabras de Donzelot, la solidaridad se volvió, en los inicios del siglo XX, el concepto central de la primera filosofía del Estado de la tercera República Francesa con la noción de "solidarismo" del radical-socialista Léon Bourgeois.

Al parecer, en ese movimiento histórico el término se convirtió en la representación de una realidad que se da, desde entonces, por existente. La solidaridad existe y es lo que fundamenta el lazo social. Así, lo social se configura como las inter-relaciones solidarias de los individuos. Un término originalmente psicológico, releído por la sociología y que surgía para responder ciertas cuestiones históricas, se vuelve naturalizado. El proceso de naturalización de la solidaridad corresponde a un movimiento doble de ocultación de su elaboración como categoría psicológica y sociológica y su reproducción como hecho o dato fáctico de lo real, lo que conlleva a que las personas aspiren a ser solidarias y a relacionarse solidariamente.

Otro ejemplo lo da Boltanski, que muestra cómo, desde la metáfora del teatro, es posible rehacer los imaginarios sobre lo social. La metáfora del teatro, o sea, la idea de que el mundo es un gran teatro, remite a todo un juego entre lo auténtico y lo inauténtico. Refiere asimismo a la idea del sujeto social, que en el siglo XVIII se relacionaba con la idea del espectador crítico y controlado que veía a todos, pero que no era visto por ellos.

Lo importante aquí es resaltar que la cultura de la autenticidad también parece remontar a la época moderna. La propia noción de identidad como unidad entre el ser social y el individuo, entre vida interior y vida exterior, como auténtica unidad de referencia tanto para los roles privados como para los públicos, es también una invención reciente. La noción de identidad social no tenía que ver con el concepto psicológico que remite a la idea de una unidad del individuo y su función social. La separación entre la vida pública y la vida privada hacía que los individuos percibieran su rol social como algo distinto de su vida particular. Por tanto, también la idea del yo es una invención histórica.

Sobre este punto, la noción del yo, como expresión de una unidad de identidad del sujeto centrado en la conciencia, sufrió con Freud una de sus más contundentes críticas.

No sería posible ahora rehacer todo el recorrido freudiano, o sea, toda la metamorfosis que sufrió la teoría psicoanalítica del sujeto desde la primera tópica, desarrollada en el texto de 1900 sobre la interpretación de los sueños, hasta las formulaciones finales de la década del 20, con la introducción del concepto de pulsión de muerte y con la formulación de la segunda tópica, donde el aparato psíquico es reformulado y constituido ahora por las instancias del Yo, Ello y Superyo. Basta para esta discusión recordar que para Freud los individuos no eran entidades plenamente autónomas y conscientes de sí, sino que el propio yo, como una instancia psíquica, se constituía tanto histórica como pulsionalmente. Desde la perspectiva freudiana, el yo se forma en la intersubjetividad porque su proceso de formación implica una serie de momentos lógicos e

históricos de identificaciones con el otro. Así, podemos decir que el sujeto del psicoanálisis es un sujeto dialógico y no monadológico. Por supuesto que la teoría psicoanalítica sufre también del mal de la naturalización, y sus categorías se han vuelto realidades últimas de lo que es el sujeto.

No me voy a extender más en los ejemplos, ni tenemos tiempo para intentar rehacer la historia del yo. Mi intención es la de sugerir que la vía que busca reconstruir la historia de los conceptos psicológicos se ofrece, hoy día, como un instrumento potente de resistencia contra la naturalización de sus discursos. Porque al intentar desnaturalizar las categorías a través de una cierta reconstrucción histórica, sería posible hacer saltar a la luz las contradicciones y tensiones fundantes de la relación individuo-sociedad que fueran silenciadas en el curso de los procesos de naturalización. Pensar esa relación es todavía un desafío para la psicología así como su propia condición de posibilidad.

De allí que Foucault plantee que la psicología debe buscar nuevos principios y descubrir para sí misma un nuevo proyecto desde el reconocimiento de que no hay psicología posible sino por el análisis de las condiciones de existencia del hombre y por la reapropiación de lo que hay de más humano en él, o sea, su historia. A partir de ello, Foucault nos habla de la necesidad de que la psicología regrese a sus infiernos, vuelva a ser palpitante para recapturar ese proceso de búsqueda del sentido humano que la hace viva.

Por tanto, no me parece que reconocer el carácter de construcción de los conceptos signifique caer en un relativismo donde todo es

punto de vista o en un nihilismo donde no se crea en lo real. Al contrario, creo que la desnaturalización de las categorías es un medio potente de revelación de contracciones que sobreviven pero que cambian en el tiempo.

Así, se podría pensar que el esfuerzo de desnaturalización tiene algo en común con lo que Donzelot llama un psicoanálisis de las ideas o representaciones sociales. Procurar iluminar las contradicciones que los discursos positivizados tienden siempre a acallar me parece tanto un acto de justicia al pasado como un potente medio de liberación de los conceptos. Porque, una vez avalados y posteriormente sacudidos en su supuesta identidad con lo real, remitidos a su propia historia, éstos pueden recuperar algo de su fuerza original. Una fuerza vinculada a los desafíos con los cuales se enfrentaban y que por la vía de la desconstrucción puede ser liberada como una fuente inteligente para mirar las contradicciones presentes y plantearse en el mundo actual, posibilitando nuevos desafíos y su enfrentamiento.

Luego, la desconstrucción no es un mero diletantismo de los historiadores de las ideas ni una fuente de revelación de curiosidades históricas, sino una toma de posición frente a los desafíos del presente, que piensa que la intervención en él y la configuración de lo social por parte de los saberes no deberían ser meras cuestiones técnicas o instrumentales. Una intervención capaz de considerar la complejidad de lo social no es pura técnica, porque la aplicación técnica tiene que ver con el universo de la repetición, mientras que la intervención debería ser capaz de reconocer lo nuevo.

No estoy con ello sosteniendo que algunos diagnósticos de nuestro tiempo sean sólo fal-

sedades. Tampoco estoy sosteniendo que las personas estén felices y "saludables", o como se dice en portugués "lépidas e fagueiras", felices de la vida, en general, obviamente "enamoras" y caminando tan livianas y contentas que nadie se atrevería a dudar de su estado de gracia. No. Sé que las cosas no están para bromas. Las personas, indudablemente, sufren, y éste no es un tiempo de vacas gordas. Sin embargo, creo que también se puede configurar nuestro tiempo de distintas formas, y que todas ellas tienen siempre un compromiso, explícito o no, con ciertas miradas, proyectos y deseos de futuro.

Así, me parece muy importante que se cultive una crítica conceptual capaz de revelar las posiciones éticas que sobredeterminan los diferentes diagnósticos de actualidad. Por tanto, si la depresión es el mal del siglo, no creo que lo sea por las razones que apuntan a la falta de sentido provocada por los cambios de la vida moderna. Creo que si existe sufrimiento, éste no es consecuencia de los excesivos y rápidos cambios en la vida de las personas, sino por el endurecimiento de las posibilidades de cambio y lo rígido de las determinaciones de la vida de los hombres, lo que provoca una falta de libertad que, sin duda, duele.

Podríamos reconocer esta situación en la casi absoluta autonomía del capital frente al Estado, protector de los intereses de dicho capital y liberado de gran parte de sus obligaciones hacia la colectividad. Sin ir más lejos, la llamada flexibilización del trabajo representa, a mi juicio, un endurecimiento de las posibilidades de cambio en la vida de las personas. Me parece que en los años 60 y los 70 había un cierto optimismo de que las cosas eran modificables por los hombres y que era posible, a

través del propio trabajo, transformar las condiciones de vida. Pero hoy día, la dialéctica de la modernización parece dejar en evidencia la "jaula de hierro" que Weber hace mucho tiempo ya había percibido. Así, los tiempos pare-

cen de dolor, de falta de libertad y de desencanto. Pero, si pudiera usar una metáfora para la depresión de nuestros días, diría que no se trata del dolor de existir, sino del dolor por la imposibilidad de existir.

## Bibliografía

- Adorno, Theodor. *"Relación entre Sociología y Psicología" en "Actualidad de la Filosofía"*; Ediciones Paidós, 1991, Barcelona.
- Boltansky, Jean Luc. *"Souffrance a distance"*. Édition L'Harmattan. Paris, 1998.
- Donzelot, Jacques. *"L'Invention du Social"*. Édition L'Harmattan. Paris, 1997.
- Dörr, Otto. Entrevista a la Época. domingo, 16 junio 1996.
- Dumont, Louis. *"O Individualismo: Uma Perspectiva Antropológica"*. Editora Rocco. Rio de Janeiro, 1985.
- Durkheim, Émile. *"La División del Trabajo Social"*. Editorial Planeta-Agostini. Barcelona, 1985.
- Feyerabend, Paul. *"Adiós a la Razón"*; Editorial Tecnos, Madrid, 1984.
- Foucault, Michel. *"A Psicologia de 1850 a 1950"*; texto traducido por Patricia Netto Alves Coelho del francés *"Dits et Ecrits-Vol. I"*; Éditions Gallimard. Paris, 1994.
- Freud, Sigmund. *"A Interpretação dos Sonhos"*. Obras Completas, vol.V, Imago Editora. Rio de Janeiro, 1992.
- — *"Além do Princípio do Prazer"*. Obras Completas, Vol.XVIII. Imago Editora. Rio de Janeiro, 1992.
- — *"O Ego e o Id."* Obras Completas, Vol.XIX. Imago Editora. Rio de Janeiro, 1992.
- Habermas, Jürgen. *"Conciencia Moral y Acción Comunicativa"*. Ediciones Península, Barcelona, 1985.
- — *"Ciencia y Técnica como Ideología"*; Editorial Tecnos, Madrid, 1984.
- Heller, Agnes. *"O Homem do Renascimento"*. Editorial Presença. Lisboa, 1982.
- Husserl, Edmund. *"Invitación a la Fenomenología"*; Ediciones Paidós, Barcelona, 1992.
- Kaulino, Adriana. *"Melancolia e Modernidade: Uma Proposta Hermenêutica para a Psicologia"*. Tesis de Maestría. Universidad Federal de Rio de Janeiro. Rio de Janeiro, 2000. Libro en prensa.
- Mauss, Marcel. *"Uma Categoria do Espírito Humano: a Noção de Pessoa, a Noção do Eu"*. in. Sociologia e Antropologia. Editora I.P.U. São Paulo, 1974.